

Un patriota cubano que combatió una epidemia.

S. J. Woolf.

Jul oct 1930

En el *New York Times Magazine* se ha publicado una entrevista, llena de encomio para el Sr. Dr. Arístides Agramonte, actual Vicepresidente de nuestra Sociedad Económica de Amigos del País, y miembro que fué de la comisión militar norteamericana que hizo los estudios comprobatorios de la teoría de Finlay, el genial vumano, acerca de la transmisibilidad de la fiebre amarilla por el mosquito hembra de la especie *stegomya fasciata*. La reproducimos gustosos.

Hace ya treinta años que el Gobierno de los Estados Unidos nombró una Junta de Sanidad compuesta de cuatro oficiales para que investigasen y examinasen las causas de las agudas enfermedades infecciosas que asolaban entonces la isla de Cuba. La Junta se componía del Comandante Walter Reed, el Dr. James Carroll, el Dr. Jesse Lazear y el Dr. Arístides Agramonte. El Dr. Agramonte es hoy el único sobreviviente de estos investigadores, que por medio de experimentos y tentativas sin número descubrieron el origen, (1) la causa, el germen de la infección de la fiebre amarilla, y preparó el camino para libertar a Cuba y virtualmente al resto del mundo de un azote que ha matado cientos de miles de personas.

Los mástiles del acorazado el *Maine* sobresalían de las aguas del puerto proyectando tranquilamente sus sombras, y el ejército de ocupación, vestido de color khaki estaba aún acampado bajo las palmeras cuando el Dr. Arístides Agramonte, un joven entonces, actuando de ayudante cirujano en el hospital de la Habana, recibió una comunicación desde el Ministerio de la Guerra informándole que había sido nombrado ayudante del Comandante Reed para abrir una metódica averiguación sobre las causas y prevenciones de la fiebre amarilla.

El Dr. Agramonte es un hombre fuerte, y activo, cerca de sesenta años. Sentado en una estancia con el piso de azulejo, me relató los contratiempos e incertidumbres a que tuvieron que hacer frente él y sus compañeros.

(1) El autor olvida a Carlos E. Finlay, que fué el descubridor.—R. B. C.

Nosotros, los de esta generación, sabemos muy poco de los temores y aprensiones con que no tan sólo en Cuba sino también en los Estados Unidos considerábase la aparición de un solo caso de fiebre amarilla. Ahora, tal como la peste negra de la Edad Media, la fiebre amarilla ha sido relegada en América a la historia del pasado.

Era difícil para mí convencerme, mientras estaba sentado dibujando el perfil de este hombre de frente espaciosa, con una nariz bien hecha, boca sensitiva y mirada pensativa que parece escudriñar en la lejanía con relámpagos, que a él debióse, entre otros, la concienzuda investigación para poder contrarrestar la terrible enfermedad y hacer que, la Habana de una ciudad pestitencial se haya convertido en una de las más saludables ciudades del mundo.

Era difícil la convicción porque los tiempos en los cuales la fiebre amarilla hacía sus devastaciones parecen ya muy remotos.

Los cuentos que yo había oído de los hombres viejos de antaño, de muertos sacados sin ataúd de las casas de Filadelfia y Nueva Orleans y los enterradores llenándose las ventanillas de la nariz con algodón para precaverse de la infección letal, eran todos indisolublemente eslabonados con el grito que rosonaba en Londres cuando la peste negra y de casa en casa: "¡Sacad los muertos!". Y ahora, ante mí, en una casa en la Habana, activo, jovial y apenas pasada la mediana edad, estaba yo contemplando uno de los conquistadores.

Como él mismo afirmó, él nació sobre el campo de batalla, ya que su padre era uno de los generales de la primera insurrección Cubana, y fué mientras los rebeldes eran expulsados de un lugar a otro que Aristides Agramonte nació. Hay varios retratos de los Agramontes en el nuevo Capitolio, ya que la familia fué extensa, y entre ellos hay el padre del Doctor, quien fué matado por los españoles, cuando Aristides no tenía más de dos años.

Como muchas de las familias de los libertadores, la del Dr. Agramonte dejó la isla y fué a New York, y allí, con los Quesada y los Palma, él se educó. El resultado fué, que hoy, tanto en su porte como en su habla, él podría pasar por un norteamericano.

El fué educado en las escuelas públicas de New York, después entró en un colegio superior de la Ciudad, y más tarde estudió medicina y cirugía.

Se recibió en 1892 y llegó a ser bacteriólogo en la Junta de Sanidad de la misma ciudad de New York, encontrándose en el mismo

cargo cuando los Estados Unidos declararon la guerra a España.

Las melodías de "Good bye", "Dolly Gray", "Hot Time in the Old Town to-night", infiltrándose a través de la ventana, hicieron vibrar el corazón del ayudante del Laboratorio, cuya mocedad estuvo llena de relatos de aventuras guerreras corridas durante años y años por su padre y otros cubanos. Las sombras de su padre, de Maceo y de Martí lo llamaban con señas, y se fué con los soldados norteamericanos, no tan solo para recordar el *Maine*; pero también los sacrificios de su gente.

Empero el enemigo que Agramonte fué a combatir era un enemigo más terrible que las tropas de España. Por más de dos siglos todos los puertos del Golfo de México habían sidos, más o menos continuamente invadidos por la fiebre amarilla. En los Estados Unidos había llegado hasta New Hampshire, mientras que en Filadelfia durante una epidemia, más del 10 por ciento de la población se había muerto.

En efecto, aunque otras enfermedades infecciosas matan mayor número de víctimas, ninguna epidemia, excepto la peste y el cólera morbo, es tan trágica y tan extensa en su devastación. El misterio acompañaba siempre a la fiebre amarilla.

El morbo se insinuaba a veces de casa en casa en un solo lado de la calle, mientras que los habitantes del otro lado se quedaban ilesos. Algunas veces atacaba todos los residentes de una manzana entera de casas antes que reapareciera en otra zona.

En Junio de 1900 los cuatro médicos susodichos se juntaron por la primera vez en el portal del hospital del campamento de Columbia, justamente en las afueras de la Habana. A poca distancia de donde se habían reunido, en los Quemados, la epidemia era tan furiosa, que no se recordaba otra igual.

Cuatro hombres más adaptados para combatir esta enfermedad hubiese sido difícil entonces encontrarlos. El Dr. Reed, presidente de la Junta, era Comandante del Armada de línea y al tiempo de su nombramiento era Administrador del Museo de la Armada Médica en Washington y un bacteriólogo de reputación; el Dr. Carroll había ascendido de rango y mientras era miembro del Ejército había estudiado medicina en Johns Hopkins, y era ayudante de Reed en el Museo. Lazear y Agramonte habían sido compañeros de clase en la Universidad de Columbia. Lazear había hecho un estudio especial de los mosquitos con respecto al palu-

dismo, y Agramonte había hecho algunas investigaciones concernientes a la fiebre amarilla por la Junta de Sanidad de New York.

“No deseo entrar en larga discusión en pormenores médicos”, me dijo el Dr. Agramonte mientras posaba, “ni tampoco quiero hablarle a usted sobre los desalientos, incertidumbres y contratiempos que tuvimos.”

“Nosotros éramos todos relativamente hombres jóvenes animados de un entusiasmo ardiente de hacer algo que valiese la pena. En derredor nuestro, vimos a personas repentinamente atacadas de la terrible enfermedad y en pocos días las vimos morir. Yo pensé que también yo un día u otro sería uno más que aumentaría el número de las víctimas. Nuestra pericia era todavía imperfecta. Un grupo de médicos creía que la enfermedad se propagaba por los mismos enfermos; otros decían que provenía de los vestidos y ropa de cama; y el Dr. Finlay de Cuba afirmaba que era la picada de un mosquito.”

“Nuestros ensayos eran sin cuento, y teníamos innumerables cooperadores voluntarios quienes nos ayudaban en nuestro trabajo, hombres que abnegadamente vivían por semanas en cuartos llenos de ropa sucia de los pacientes atacados de fiebre amarilla; hombres quienes a sabianda, dormían en camas en las cuales solamente unas horas antes habían muerto los contagiados; y hombres quienes valientemente desnudaban sus brazos y con una sonrisa dejábanse agujonear por los insectos que habían de antemano picado a los infecciosos de la fiebre amarilla.

“Lentamente pero seguramente podíamos comprobar que la enfermedad no se contraía por parte del paciente mismo ni de los objetos que habían estado en contacto con él. En tal caso, la labor nuestra era la de probar que el contagio provenía tan sólo de la picada del mosquito.

“Fuera de la masa de vívidos recuerdos, que no podré nunca olvidar, hay varios que se destacan sobre los demás. Pinte usted una noche de luna en los trópicos y una tienda de campaña alumbrada por una lámpara de petróleo, y dos médicos encorvados sobre los microscopios. Esos dos hombres eran Lazear y yo. El Dr. Reed estaba en Washington, y el Dr. Carroll estaba en otra tienda delirante por un ataque de fiebre amarilla que él mismo se había acarreado, permitiendo que un mosquito infectado lo picase. Estábamos seguros de que nuestra teoría era exacta, pero era menester hacer más experimentos. El insecto especial estaba en un tubo de ensayo y decidimos ver lo que acontecería si picase a alguien más.

“El cuadro lo tengo presente, y es tan vívido como lo ví hace trein-

ta años —la fresca luz azul de fuera, y la apariencia súbita de una figura en la abierta portezuela de la tienda.

—¿Y están ustedes aún divirtiéndose con los mosquitos, preguntó el recién llegado, que era un soldado.

—Sí,—replicó Lazear, —¿querría usted recibir una picada?

—Ciertamente, no me amedrentan esos bichos,—dijo él.

—“Yo miré arriba de mi microscopio. Lazear estaba rígido y alerta, y me dirigió una mirada que nunca olvidaré, si viviera aún cien años. Era una mirada mezclada de ansia y temor. Ambos sabíamos lo que significaría la picada del insecto. La enfermedad por lo cierto, y la muerte quizás. En un instante medité los resultados no tan sólo por el hombre, pero también por el mundo entero, y como Lazear titubeaba, yo afirmé con la cabeza.

“El soldado desnudó su brazo, y Lazear, cogiendo el tubo en el cual estaba el insecto, apretó el extremo abierto sobre la carne del hombre. En un instante el mosquito bajó.

“Las condiciones eran ideales para un experimento, y cuando William H. Dean del Séptimo Caballería, porque ese era el hombre—cayó enfermo de la fiebre amarilla, por fin fué comprobado que este era el modo por el cual se transmitía la epidemia.”

El Dr. Agramonte relató una experiencia hecha posteriormente en una casa dividida por una tela metálica extendida. De lado en el cual estaba la tela metálica no había mosquitos, dos observadores vivían en seguridad; en el lado donde no se tenía tela metálica, había mosquitos infectos y unos voluntarios que allí vivían, fueron picados y por consiguiente se enfermaron de fiebre amarilla. La narración estaba llena de relatos de heroísmo y sacrificio. Agramonte habló de Morán, un paisano, empleado, y de Kissinger, soldado, ambos de los cuales se dejaron inocular y renunciaron a cualquiera recompensa. El relató como su discípulo Lazear, accidentalmente contrajo la fiebre y cómo murió.

“Estuvimos por seis días en una agonía mortal dijo el Dr. Agramonte, muy conmovido. Nos parecía que una vida había sido ofrecida en sacrificio por los miles que ayudaría a salvar. Y cuando Lazear murió, nos sentimos orgullosos de haber sido asociados aun cuando por poco tiempo, con un hombre que había dado su vida para que los demás pudiesen vivir.”

“Por fin llevamos a cabo la tarea que nos habíamos impuesto. Demostramos que un mosquito que hubiese picado a un paciente durante

los tres primeros días de su enfermedad, era un portador del morbo, y su picada era entonces peligrosa para cualquiera que no fuese inmune.”

“Hace ahora veintinueve años que esos experimentos fueron concluidos, los cuales no causaron una sola muerte.

“Lazar, usted recuerda, fué accidentalmente aguijoneado. Probamos la inutilidad de desinfectar las ropas de los pacientes, y cuan fácilmente una epidemia puede ser vencida protegiendo los enfermos de las picadas de los mosquitos. Con este conocimiento se hizo un decidido esfuerzo para la completa destrucción de los insectos y la eliminación de sus crías.

“Mis tres colaboradores han pasado al mundo del más allá; el doctor Reed murió de apendicitis el año siguiente, después de haber acabado nuestros experimentos, y el Dr. Carroll lo siguió, cinco años más tarde.

Hoy usted y yo estamos sentados aquí, sin que nos ocurra la idea de algún peligro en esta ciudad que anualmente sufría ataques violentos del vómito negro. Es posible ahora navegar a través del Canal de Panamá al Océano Pacífico; pero si la terrible enfermedad no hubiese sido vencida, el Canal no hubiese sido excavado.

La fiebre amarilla es cosa del pasado, y como sigo ejerciendo mi profesión aquí en la Habana, siento una gran satisfacción, pero al mismo tiempo el pesar de ver que mis compañeros no vivieron el tiempo suficiente para gozar el resultado de sus trabajos.”

